

Fernando Aguiar, Antonio Gaitán y Hugo Viciana

*Una introducción
a la ética experimental
Problemas, enfoques y métodos*

CÁTEDRA
TEOREMA

1.ª edición, 2020

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fernando Aguiar González, Antonio Gaitán Torres
y Hugo Viciano Asensio, 2020
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 8.707-2020
ISBN: 978-84-376-4144-7
Printed in Spain

Índice

AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN	13
Teoría moral, datos empíricos	15
Ética práctica, ética experimental	15
Este libro	17
CAPÍTULO 1. La complejidad de la conducta moral	21
Lo que decimos y lo que hacemos	22
La lógica evolutiva de la cooperación	25
De la cooperación al estatus: la coevolución de nuestra dispo- sición valorativa	28
El prototipo del juicio moral y su temprana adquisición	33
Las condiciones materiales de la moral: del cotilleo a las grandes religiones moralistas	37
De los valores de Agraria a los valores de Industria... ¡Y más allá! Allá vamos	40
Allá vamos	44
CAPÍTULO 2. La cooperación moral	45
Los primates y los niños primero	47
La cooperación intencional	50
Normas sociales, normas morales	51
Vigilar y castigar: reciprocidad débil y reciprocidad moral	56
Las dinámicas de la cooperación moral	62
Conclusión	64

CAPÍTULO 3. El sentido y las circunstancias de la justicia	67
La justicia y sus circunstancias	68
De nuevo niños y primates	70
Intuiciones morales y sociedades de mercado	72
Imparcialidad experimental	76
Justicia como proporcionalidad: esfuerzo y mérito	81
La justicia y los límites de la desigualdad	85
Conclusión	87
 CAPÍTULO 4. Desacuerdos y diversidad moral	 89
Buscando las diferencias morales	91
¿Un menú variado a partir de ingredientes comunes?	94
¿Y si las diferencias no son morales?	98
¿Desacuerdos profundos?	104
Los huidizos desacuerdos profundos	106
Más y mejor evidencia	108
Comprensión empírica y explicaciones desactivadoras	110
Conclusión	112
 CAPÍTULO 5. Metaética experimental	 115
Intuiciones metaéticas	116
Midiendo nuestras intuiciones metaéticas	120
Factores predictivos, ¿y alguna causa?	127
El impacto ecológico de las creencias metaéticas	133
Conclusión	137
 CAPÍTULO 6. Creencias filosóficas ordinarias y agenda pública	 139
La filosofía popular	140
¿Cambiando el mundo o solo interpretándolo?	143
Creencias filosóficas populares: tres hipótesis alternativas	147
El libre arbitrio popular: ¿epifenomenalismo?, ¿motivacionismo?, ¿revisiónismo?	152
El concepto de suerte y las políticas públicas	157
Conclusión	163
 CAPÍTULO 7. Utilitarismo y filosofía experimental	 165
La revolución utilitarista	165
¿Por qué seguimos reglas morales?	168
La cara oculta del utilitarismo	171
Dilemas del tranvía y deontologismo	173

La tranviología en el mundo real	176
Midiendo el utilitarismo	181
Conclusión	186
CAPÍTULO 8. ¿Es útil enseñar ética?	189
Nuevos retos para una vieja pregunta	189
El anillo de Giges y los ensayos controlados aleatorizados	194
¿Qué sabemos? Entre el meta-análisis y los paneles de expertos	196
El pasmo moral y la transmisión de saberes	199
El saber común como fuente de normas sociales	202
¿De verdad es inane el razonamiento?	205
¿Qué saberes transmitidos pueden ser disruptivos?	210
Conclusión	217
APÉNDICE. Argumentos filosóficos contra la naturalización (y una coda metodológica)	219
¿Podemos naturalizar la ética?	220
Algunas orientaciones metodológicas	230
BIBLIOGRAFÍA	239

Agradecimientos

Escribir estas páginas ha sido una empresa cooperativa desde el principio. Cooperativa en sentido pleno: aunque hay que poner un orden de autoría bajo el título (en nuestro caso el orden es alfabético), queremos remarcar aquí que este es un libro a seis manos, donde todos los autores han contribuido en la misma medida, implicándose en cada uno de los capítulos.

Cuando este libro no era más que un proyecto, organizamos un seminario para explorar algunas de nuestras intuiciones sobre la estructura, los temas y el enfoque general. A esa primera reunión asistieron Félix García Moriyón, Luis Miller, Blanca Rodríguez y Jesús Zamora. A ellos les corresponden los primeros agradecimientos. Durante el largo periodo que siguió a esa primera y lejana reunión hemos pedido consejo a numerosas personas, buscando una perspectiva distinta y tratando de minimizar olvidos y errores. También hemos aprovechado los comentarios y sugerencias que sobre este material se nos han hecho en seminarios y congresos varios, sobre capítulos concretos o sobre argumentos o secciones. Estamos en deuda con Fernando Broncano, Rafael Cejudo, Francisco Garrido Peña, Iván González-Cabrera, Javier González de Prado, Ivar R. Hannikainen, Francisco Herreros, Pedro Francés, Marta García-Alonso, Toni Gomila, María Jiménez Buedo, Roxana Kreimer, Miguel Moreno, Manuel de Pinedo, David Rodríguez-Arias, Alejandro Rosas, Sergi Rosell, Manuel Sánchez, Arancha San Ginés, Eva Sotomayor, David Teira, Jesús Vega y Neftalí Villanueva.

Este libro se ha redactado durante el disfrute de varios proyectos de investigación. Fernando Aguiar, Antonio Gaitán y Hugo Viciano han disfrutado de financiación desde el proyecto del Plan Nacional de Investigación «CONSTISUJE — La constitución del sujeto en la interacción social. Identidad y normas desde la Epistemología, la Filosofía de la Acción y la Filosofía Experimental», FFI2015-67569-C2-2-P. Recientemente se ha constituido la Red de Excelencia «APPLY — Nuevas tendencias en filosofía aplicada. De la filosofía teórica a los retos de la sociedad» (RED2018-102695-T), de la que formamos parte los tres autores de este libro y con cuya orientación y metodología nos identificamos plenamente. Los autores también forman parte de la Red de Excelencia en Ciencias Sociales Experimentales (RED2018-1032385-T). De manera más reciente, Fernando Aguiar y Hugo Viciano han disfrutado también de financiación desde el proyecto del Plan Nacional «Filosofía experimental y nuevas tecnologías: las consecuencias éticas, sociales y normativas de la robótica y la mejora humana» (RTI2018-098882-B-100). Antonio Gaitán desde el proyecto del Plan Nacional «EPISTEPOC — Epistemología política y patologías del conocimiento» FFI2019/00397/001.

Introducción

¿Estaría dispuesto a matar a un inocente? ¿Robaría usted a un amigo? ¿Trataría con crueldad a sus seres queridos? Incluso las organizaciones criminales —piratas, mafiosos, narcotraficantes— se han regido siempre por normas muy rígidas que apelan al sentido del deber, la justicia y el honor. En una de las escenas más famosas de *El Padrino*, Vito Corleone afea a uno de sus protegidos, durante la boda de su hija, que le pida asesinar a un hombre. «Vienes a la boda de mi hija y me pides que mate a un hombre», le espeta, entre contrariado y triste por el giro que las costumbres mafiosas están tomando. Aunque este tipo de peticiones podrían resultar normales para la mafia cuando se hacen en la trastienda de un restaurante, hacerlas durante una boda, en la que todas las familias están reunidas en torno al vino y la música, resulta claramente inadecuado. Incluso para los gustos morales de don Vito.

¿Qué haría don Vito si encontrara una cartera abandonada repleta de billetes? Quizá la devolviera, el dinero le sobra. ¿Y qué haría usted? El comentario desde la barra del bar resuena nítido: «¿Quién no se quedaría con el dinero de una cartera perdida, eso sí, devolviendo los documentos?». Según un estudio publicado en 2019, casi nadie se quedaría con el dinero (Cohn *et al.*, 2019). Se trata de un interesante experimento en el que se dejaron abandonadas 17 000 carteras, con distintas cantidades de dinero, en 355 ciudades de 40 países de todo el mundo. En todos los países lo más frecuente fue que la gente devolviese la cartera, especialmente cuanto más dinero tenía. La gente se comportó de manera cooperativa, casi nadie quería sentirse como un ladrón. Lo in-

interesante es que cuando se preguntaba a los participantes en una encuesta qué haría la gente en esas condiciones, casi todos predecían que serían devueltas muchas menos carteras. Tenían muchas dificultades para predecir que cuanto mayor fuera la cantidad de dinero, más carteras se devolverían.

Una de las lecciones que emergen con más fuerza de las ciencias del comportamiento y de la mente en estas últimas décadas es que predecimos mal nuestra conducta. Cuando nos guiamos solo por nuestras intuiciones o la pura introspección, solemos errar más al predecir cómo actuaremos o cómo reaccionaremos emocionalmente, cómo nos sentiremos frente a determinados escenarios, en particular aquellos que son algo distintos de los que hemos vivido. No nos conocemos tan bien como suponemos, tampoco desde un punto de vista moral.

Esta intuición se puede elaborar un poco más. En el terreno de la moral, el contraste entre lo que el filósofo Wilfrid Sellars denominó «la imagen manifiesta» y la «imagen científica» es enorme y sin duda tiene unas consecuencias prácticas ineludibles. Por «imagen manifiesta» entendemos toda una serie de ideas comunes y cotidianas que la gente suele tener sobre qué es la moral, cómo suele actuarse en situaciones moralmente cargadas, cómo evoluciona o degenera moralmente el mundo, la existencia del mal, la naturaleza de la corrupción, la forma de las normas sociales, etc. Por «imagen científica» entendemos la visión particular que va emergiendo poco a poco, a partir de los estudios de conducta, la toma de decisiones, la ética de las organizaciones y el escrutinio y filosófico de las instituciones morales.

Como filósofos experimentales que somos, en este libro nos centraremos muy especialmente en ese abismo que separa la imagen manifiesta y la imagen científica. Creemos que centrarnos en la brecha entre lo que se piensa y cómo se actúa, entre lo que se denuncia y lo que se hace, entre los conceptos de la gente y los que emergen de la teorización basada en los mejores datos empíricos disponibles, centrarnos en esas discontinuidades, insistimos, puede aportar muchos frutos. Nuestras capacidades predictivas mejoran mucho cuando, en vez de confiar solo en nuestras intuiciones y en la pura introspección, nos apoyamos en estudios sistemáticos sobre la conducta real de la gente en determinadas situaciones (Sytsma y Livengood, 2015). Nuestra comprensión de dichas situaciones aumenta. Nuestras teorías sobre la realidad del bien y del mal y sobre cómo promover conductas virtuosas mejoran.

En las últimas décadas una ingente cantidad de trabajo experimental se ha sumado, desde diversas disciplinas, al esfuerzo de entender mejor el comportamiento, los juicios y las intuiciones morales. El surgimiento de una rama experimental dentro de la filosofía es quizás una de las principales novedades dentro del variado y complejo ámbito filosófico. El *giro experimental* ha tocado también la reflexión ética o lo que se conoce como filosofía moral. Dentro de la filosofía moral hay dos actitudes consistentes con la imagen científica del mundo. Una es la del filósofo o filósofa que consume de manera crítica y reflexiva los resultados de otros trabajos empíricos provenientes de otras disciplinas, con el objetivo de informar su campo y repensar sus conceptos. Otra es la actitud del filósofo o filósofa experimental, que además de incorporar hallazgos científicos de otros dominios también busca producir resultados a partir de métodos de observación, experimentos controlados u otros tipos de *input* donde es el propio filósofo el que ha participado en su recolección o análisis. Desde hace décadas contamos con excelentes estudios empíricos sobre utilitarismo y deontología, sobre normas morales y convencionales, sobre egoísmo y altruismo, sobre las bases morales de la cooperación, sobre justicia e igualdad, sobre desacuerdo moral, sobre metaética, sobre creencias e intuiciones morales, etc. ¿Quiénes los realizan? Psicólogos, economistas, sociólogos y antropólogos... pero también filósofos.

Este libro defiende ambas vías a la hora de integrar la evidencia y reflexión moral: que los filósofos morales estén abiertos a la evidencia experimental cuando sea preciso y que los filósofos morales sean capaces de colaborar con otras disciplinas para obtener evidencia experimental sobre cuestiones moralmente controvertidas o sobre aspectos concretos de nuestro pensamiento y conducta morales. Que sepan lo que dice la mejor ciencia, pero que también sean capaces de proponer experimentos que testen nuestros conceptos e intuiciones y que contribuyan, como vimos arriba, a una mejor comprensión de nuestra vida moral y nuestras teorías éticas.

ÉTICA PRÁCTICA, ÉTICA EXPERIMENTAL

Las cuestiones prácticas no son ajenas a la filosofía. La llamada «ética práctica», por ejemplo, es una de las disciplinas más boyantes en

su empeño por arrojar luz sobre problemas morales acuciantes. La ingeniería genética, la ética de los robots autónomos, el tratamiento que les debemos a los animales, nuestra responsabilidad y obligaciones frente al cambio climático, todos ellos son desafíos que han ocupado a multitud de filósofos en las últimas décadas. Algunas propuestas surgidas de la ética práctica son altamente innovadoras y alumbran posibilidades de progreso humano.

La ética práctica pretende resolver problemas sociales moralmente cargados. Esto quiere decir que en última instancia su objetivo es facilitar orientación o consejo, medidas que puedan aplicarse en determinados contextos que todos reconocemos como problemáticos. La ética práctica es, pues, una disciplina con un fuerte componente normativo: su aspiración es dilucidar qué *debe* hacerse en una determinada situación o rango de situaciones.

La ética experimental guarda relación con la ética práctica, pero bien entendida ofrece un enfoque complementario al adoptado por la ética práctica. Por ejemplo, antes de buscar el principio moral que sustentará nuestras recomendaciones en varios ámbitos, quizás convenga conocer las opiniones efectivas de la gente sobre ciertas disputas morales. ¿Es verdad que las omisiones son siempre consideradas como menos gravosas que las acciones? Esta intuición tiene una relevancia tremenda en algunos debates aplicados (como el de la eutanasia), así que parecería conveniente saber cómo se articulan las intuiciones de las personas sobre estas materias antes de proponer un principio moral resolutorio que supuestamente acomode nuestras «intuiciones morales».

Cuando se propone una recomendación normativa, o una intervención concreta, ya sea legislativa o institucional: ¿no es imprudente ignorar que esta distinción entre acción y omisión —para algunos filósofos irrelevante— quizás sea abrazada de hecho por un porcentaje muy elevado entre los profesionales de la salud? Entender las intuiciones efectivas de los profesionales en estos contextos es vital. ¿Queremos que la ética práctica sea la aplicación de teorías morales o queremos que contribuya a resolver cuestiones prácticas? Si queremos lo segundo, las intuiciones efectivas importan. Por lo que conviene suplementar la ética práctica con la ética experimental.

La ética experimental, por tanto, aspira a recopilar la mejor evidencia empírica antes de hacer recomendaciones encaminadas a resolver desacuerdos con un fuerte componente moral (Appiah, 2010). Se trata,

pues, de atenerse a los datos y realizar análisis empíricos que permitan entender lo que los agentes morales hacen en situaciones de desacuerdo, también lo que piensan, ofreciendo en ambos casos información valiosa para responder a las cuestiones éticas o los dilemas que nos preocupan. Así pues, cualquier recomendación normativa sobre cuestiones moralmente cargadas proveniente de cualquier institución o agente social, incluidos los que proceden de la filosofía aplicada y la ética práctica, debería tener presente lo que ya comenzamos a saber sobre nuestra conducta moral gracias a los experimentos y otras fuentes empíricas, evitando así que se propongan medidas basadas en supuestos irreales.

ESTE LIBRO

La ética experimental abraza un compromiso metodológico muy general. Pero, como suele decirse, «el diablo reina en los detalles» y «la prueba está en el pudín» y lo que parece plausible o sensato de modo general debe sustentarse y concretarse, de modo que seamos capaces de evaluar en qué consiste «atender a la mejor evidencia experimental sobre nuestra conducta moral» y qué utilidad tiene. El propósito de este libro es concretar este compromiso metodológico general, atendiendo para ello a varios ámbitos que resultan centrales para conformar nuestra conducta y personalidad morales.

El contexto social más general que enmarca nuestra conducta moral será el foco del **capítulo 1**. Aunque la virtud moral o la integridad suele presentarse como un rasgo personal, lo cierto es que nuestra vida moral solo se entiende si la ubicamos en la interacción, en el contexto social. Asumiendo ese contexto interactivo en su sentido más amplio, en este capítulo nos ocuparemos de señalar dos grandes disposiciones, que servirán de marco a gran parte de los temas que se abordan después. Por un lado, nuestra disposición a *enunciar* nuestra posición moral y a *denunciar* la posición moral de los demás. Una parte del primer capítulo se ocupa de desentrañar el componente lingüístico que en la discusión filosófica se ha colocado bajo el paraguas general de los *juicios morales*. Por otro lado, esbozaremos los rasgos generales de una disposición práctica, que nos orienta hacia la conducta. La moral implica emitir juicios morales y también actuar de acuerdo con ciertas normas morales. Son dos disposiciones que resulta fundamental tener presentes si no queremos perdernos en el frondoso bosque de la moral.

A partir de esa disposición práctica o conductual abordamos el surgimiento de la cooperación moral en contextos sociales, siendo este el foco del **capítulo 2**. Gran parte de nuestra conducta y sensibilidad morales surgen como una respuesta compleja, a veces adaptativa, ante ciertos dilemas cooperativos muy básicos, dilemas que se repiten en múltiples contextos y de cuya larga sombra no podemos escapar. En este capítulo presentamos evidencia empírica relacionada con nuestra disposición cooperativa.

Cooperamos para conseguir entre todos un premio mayor. Ahora bien, una vez que hemos conseguido el premio, ¿cómo lo repartimos? Las demandas de justicia que surgen en diferentes contextos sociales, demandas centradas en el reparto de recursos entre los miembros de una comunidad, unificarán la evidencia experimental que se discutirá en el **capítulo 3**. Desde los albores de la filosofía moral, la justicia ha ocupado una plaza predominante entre las preocupaciones éticas. Por si fuera poco, en el actual contexto político, caracterizado por una desigualdad creciente y una fuerte demanda de igualdad, conviene tener presente lo que sabemos sobre nuestras intuiciones de justicia. También sobre la relación de esas intuiciones con otras que tienen que ver con el mérito o el esfuerzo.

El **capítulo 4** aborda el tema de la variación moral. ¿Cómo entender el debate en torno al relativismo y el universalismo a la luz de la mejor evidencia empírica? En este capítulo revisamos esa evidencia y distinguimos entre diferentes tipos de desacuerdos, separando aquellos que son más o menos tratables a partir de métodos deliberativos comunes a otros dominios (factuales) de aquellos otros (desacuerdos morales profundos) que escapan a las soluciones propias de esos dominios. Los desacuerdos profundos o fundamentales llevan aparejados retos específicos para nuestra convivencia democrática. Dichos desacuerdos pueden incidir de modo crucial en algunos debates meta-éticos, como el referido al relativismo moral y sus variedades o la perspectiva que defiende un meta-escepticismo moral general como resultado de esa variación fundamental.

En el **capítulo 5** nos ocuparemos de la incidencia que tiene nuestra tendencia a moralizar u objetivar nuestra posición moral para ciertas dinámicas y procesos sociales —desacuerdo, deliberación, negociación, etc.—. Este capítulo se centrará en lo que empieza a conocerse como «metaética experimental», es decir, en nuestras creencias de segundo orden sobre nuestras propias opiniones morales. ¿Son más tolerantes

los relativistas morales, que piensan que la moral cambia y que en última instancia es un asunto subjetivo, o los objetivistas morales, que creen que la moral es una y que no depende *en absoluto* de nuestra sensibilidad? ¿Y qué explica que alguien sea un objetivista o un relativista moral? ¿Cómo podemos disfrutar al máximo de los aspectos constructivos del compromiso moral sin sufrir sus consecuencias más perniciosas? ¿Es esto siquiera posible?

Un aspecto que conviene resaltar de este libro —y que creemos que lo separa de otros libros recientes de temática similar, aunque más centrados en la biología o en la psicología de nuestra conducta moral— es su interés por las creencias que la gente abraza en su vida cotidiana. Como dijimos antes, nos interesa sobremanera «la imagen manifiesta del mundo» en el terreno de lo moral. Es en este nivel manifiesto el mismo en el que el influyente filósofo Peter Strawson situó las llamadas actitudes reactivas. El nivel de lo cotidiano. En el **capítulo 6** atendemos a algunas de las creencias que aparecen en ese nivel, en especial a un grupo peculiar que ha recibido una larga elaboración filosófica. Nos referimos a nuestras creencias populares sobre el libre albedrío, la responsabilidad o el mérito. Strawson será importante en este capítulo, por su atención a este ámbito cotidiano, como hemos apuntado, pero también por ofrecer un marco general que nos obliga a pensar la relación entre creencias populares y elaboraciones o teorizaciones filosóficas. Una importante conclusión de este capítulo es que nuestras creencias populares sobre la libertad o el mérito tienen un asiento mucho más estable en nuestra psicología de lo que se suponía. Conocer ese sustrato podría resultar determinante para el diseño y la implementación de soluciones para algunos de los problemas que nos preocupan en la actualidad.

Si de implementar políticas se trata, seguramente ninguna teoría moral haya sido más citada, pero también más incomprendida, que el utilitarismo. Politólogos, sociólogos, economistas, y en general tertulianos varios, han incorporado variantes más o menos articuladas de utilitarismo a su discurso. El utilitarismo también ocupa un lugar destacado en el reciente movimiento experimentalista y el **capítulo 7** presenta alguna evidencia empírica reciente que nos puede ayudar a comprender mejor los límites y posibilidades del utilitarismo como moral pública. ¿Pensamos como utilitaristas? ¿Lo hacemos en cualquier contexto? ¿Hay dominios donde la deliberación utilitarista resulta impensable?

Muchos problemas morales requieren intervenciones cuidadosas, pequeños «empujoncitos» (*nudges*) que parten de la mejor evidencia

empírica sobre nuestra conducta moral para proponer medidas realistas y efectivas. Pero en ocasiones los problemas morales parecen exigir que enseñemos a la gente lo que está bien y lo que está mal, que seamos capaces, en suma, de enseñar ética y hacerlo de modo efectivo. ¿Pero se puede enseñar la ética? ¿O estamos siendo guiados engañosamente por nuestra imagen manifiesta de la moral? En el **capítulo 8** nos preguntamos precisamente eso. Se asume con demasiada facilidad que la ética puede enseñarse, pero no está claro cuál sea el mejor modo de acometer esa enseñanza. Este capítulo repasa la mejor evidencia empírica disponible en torno a esa importante cuestión. Al hilo de ese repaso surgirán cuestiones interesantes sobre nuestra deliberación moral y sobre algunas de las funciones que tiene esa deliberación a la luz de la evidencia empírica.

En varios capítulos se intercalan una serie de «cuadros», separados del cuerpo de texto principal. El propósito de esos «cuadros» es presentar al lector temas que resultan tangenciales o curiosos, también llamativos, o con una relevancia práctica clara. Lo que los unifica es difuso, pero por diversos motivos esos temas no han podido tratarse en detalle en el grueso del libro. Su inclusión pretende decirle al lector que están ahí, que son interesantes y que deben ser tenidos en cuenta. Los cuadros abren nuevas vías y matizan algunas de las cosas que se dicen en el cuerpo de texto principal. Si los hemos colocado bien, cada uno de ellos debería alumbrar alguna cuestión interesante al hilo de la narrativa principal de cada capítulo.